

mente la sensación de que se está ante un fenómeno de magnitudes imprevisibles y en una situación de cambio.

Por ello, a Geremek le parece igualmente exagerado atribuir la dureza de la política inglesa de asistencia social a la ideología puritana, que veía en las instituciones de caridad una contravención del orden divino. Tanto en Inglaterra como en países protestantes y católicos perdura la beneficencia individual —aunque ha dejado de ser la forma dominante de asistencia social— porque la ostentación de la caridad era antes que nada “una afirmación de prestigio, de riqueza y de poder” (p. 195). Estudiar las controversias ideológicas del siglo XVI en torno a la pobreza y la caridad separándolas de la realidad y erigiéndolas en la “fuerza motriz” de la nueva política social, ha impedido observar que dicha polémica tuvo lugar en una situación de progresiva depauperación. Como ha ocurrido otras tantas veces, la polémica intelectual no refleja tanto la realidad cuanto “la toma de conciencia de los problemas sociales de la época moderna por los hombres del siglo XVI” (p. 196).

Pero la auténtica “modernidad” se advierte hasta la segunda mitad del siglo XVIII. La asistencia institucionalizada, la creación de fuentes de trabajo y la represión de los vagabundos ceden el paso a una reflexión sobre la pobreza que ya no pretende la eliminación del mendigo. El objeto de discusión ha cambiado, ahora interesa comprender el pauperismo como un fenómeno de masas y determinar su lugar en el sistema económico.

Para terminar, el autor compara las

disputas medievales en torno a la pobreza con las actuales. En esta comparación se expresa de manera palpable el “sentido de la investigación”, que se constituye en la actualidad en la observación e interpretación de estos mismos fenómenos en los países subdesarrollados y en vías de desarrollo. Hoy como antaño se asegura que las ayudas internacionales a los países pobres no hacen sino acrecentar el estado de pasividad y de apatía al impedir que los propios países hagan un esfuerzo por salir de la miseria. De aquí se deduce que la obligación de luchar contra la pobreza sólo atañe a los países subdesarrollados, quienes han labrado su propio futuro. Así como la riqueza es fruto del mérito, la pobreza lo es de la ociosidad. Igualmente presente en la política hacia el Tercer Mundo, se encuentra la preocupación de que la miseria llegue a ser peligrosa para el orden internacional, aserción que recoge el antiguo temor medieval hacia los vagabundos y los indigentes.

De nuevo el *presentismo* busca un lugar en la historiografía.

María Cristina Sacristán
INSTITUTO MORA

Bobette, Gugliotta, *Women of Mexico: the consecrated and the commoners 1519-1990*, Floricanto Press, Encino, California, 1989.

Elizabeth, Salas, *Soldaderas in the mexican military, myth and history*, University of Texas Press, Austin, 1990.

Soto, Sherlene, *Emergence of the modern mexican woman: her partici-*

pation in revolution and struggle for equality 1910-1940, Arden Press, Colorado, 1990.

La aparición reciente de libros dedicados a la historia de la mujer mexicana en la historiografía norteamericana apunta a la importancia que el tema ha cobrado últimamente. En particular un enfoque multiculturalista, como el que ahora empieza a prevalecer en los círculos académicos y culturales del primer mundo, ha intentado desentrañar los orígenes históricos de las "minorías" en la cultura norteamericana. Así, los libros de Gugliotta, Salas y Soto obedecen a ese intento de rescate de las mujeres mexicanas —abuelas de las mexicano-americanas— y de su historia. Se trata de libros de muy diversas calidades y enfoques, y aunque los tres se ocupan de la mujer en México su utilidad para la historia de la mujer mexicana es bien distinta.

El libro de Gugliotta, *Women of Mexico*, es una presentación muy superficial aunque amablemente escrita, de la historia de la mujer mexicana, desde la conquista hasta fin del siglo XIX. Encaminado, sin duda a una labor de difusión entre un público amplio, cae en la simplificación tradicional: rescatar los momentos heroicos de las mujeres excepcionales; a pesar de su título, las mujeres comunes no aparecen. Se señalan los personajes y las perspectivas de siempre: las mujeres como heroínas, destacadas en los campos de los que tradicionalmente han estado excluidas: la vida política, la cultura. Un panteón de heroínas de bronce, tan increíbles como estereotipadas. El libro se inicia con la predecible figura

de una Malinche tratando de hacerse notar frente al indiferente Cortés, interesada en aprender español para convertirlo en un instrumento de sobrevivencia, y con la intención de sacar de Cortés lo más que fuese posible mientras pudiera (pp. 9, 15). Este tipo de enfoque, donde la interpretación no se apoya en la evidencia histórica sino en la anécdota contada para satisfacer a un público consumidor que quiere ver en la Malinche un antecedente no se sabe muy bien si del feminismo vicario o del consumismo, prevalece en el libro. Para la época de la conquista, Buliotta proporciona datos de otras mujeres que participaron en la misma, pero de nueva cuenta sus datos son esquemáticos y las interpretaciones, simplistas. Al parecer la autora no distingue entre personajes cuya presencia histórica está comprobada y mitificaciones o interpretaciones de personajes más o menos ficticios. Casi la mitad del libro se refiere a la época de la conquista y la colonia, y cubre solamente hasta los inicios del porfiriato.

En cambio, el libro de Elizabeth Salas, *Soldaderas*, cubre desde la época prehispánica hasta la contemporánea. Salas intenta encontrar una línea de continuidad desde la cultura mexicana hasta la cultura chicana, y elige a la mujer para ello. En su perspectiva, soldaderas son igualmente las mujeres mesoamericanas prehispánicas que las mujeres que participaron en la lucha armada de la época revolucionaria, o las activistas chicanas contemporáneas. Una perspectiva así omite las especificidades históricas de cada periodo y simplifica la historia de la mujer en México al establecer una

línea de análisis que resulta funcional para los propósitos reivindicativos del movimiento chicano. Las mujeres mexicanas son diosas agresivas, batalladoras combatientes; la soldadera es una figura que existía incluso en la época prehispánica: para ella, las diosas mexicas como Coyolxauhqui, o la figura de la Malinche, las Adelitas revolucionarias o las chicanas contemporáneas, todas son soldaderas. La figura de la soldadera de Salas no admite matices ni especificidades históricas. El peligro de este tipo de interpretaciones en las que se confunde el mito con la historia es extremo, sobre todo en el contexto de una audiencia extranjera que, apoyada en este tipo de simplificaciones, banaliza y desinforma la historia de la mujer mexicana. Siendo la historia de la mujer un área de interés creciente, un enfoque como el de Salas hace poca justicia a un conocimiento sistemático del pasado de la mujer mexicana. Sin embargo, el libro resulta interesante precisamente por este tipo de perspectiva en la que la historia y el mito no se distinguen. Al parecer, la reinterpretación chicana de la historia de México cae en buena medida en la reinterpretación del pasado con un sentido mesiánico y mítico. Sería interesante analizar el cómo y el porqué de las diferencias interpretativas entre mexicanos y chicanos: ¿transformación de la memoria colectiva?, ¿olvido consiente?, ¿deseo de conformarse a los parámetros de la perspectiva norteamericana sobre lo mexicano y lo chicano? El tema está abierto a la interpretación y de alguna manera es necesario desentrañarlo. México, en el imaginario chicano, es un tema que espera a

sus investigadores, y el libro de Salas es un buen punto de arranque.

Este libro cumple un propósito político (reivindicar al movimiento chicano) pero tiene serias carencias en su perspectiva unilineal. Es interesante señalar, sin embargo, que Salas recoge una iniciativa de Ángeles Mendieta Alatorre quien, en 1961, escribió un libro sobre la mujer en la revolución mexicana en el que había un intento de interpretación global de la historia de la mujer en México. Desafortunadamente, una perspectiva tan general resulta apresurada en su interpretación: para Salas, la historia de México no es sino una larga lucha de las mujeres, pero no proporciona el contexto histórico dentro del cual se desarrolla esta lucha. De nuevo, las mujeres son unidimensionales, acartonadas, soldaderas desde siempre y para siempre. Los pocos casos individuales de mujeres que consigna son tan precarios que a veces resultan simplemente un listado de nombres, sin que las mujeres tengan corporeidad ni retengan las características individuales más específicas.

En cambio, el libro de Sherlene Soto, también sobre el tema de la mujer en la revolución mexicana, viene a llenar un vacío en la historiografía sobre la revolución, uno de los temas más socorridos en la historiografía mexicana pero que hasta ahora no había sido analizado desde la perspectiva de la mujer. El mérito del libro está justamente en llamar la atención sobre los aportes de la mujer en la revolución. Sin embargo, el libro no logra escapar del todo a una perspectiva de historia política entendida ex-

clusivamente como el ejercicio del poder. La organización misma del libro revela, de nuevo, la preocupación por demostrar la militancia femenina. Soto se ocupa extensamente de la organización de los movimientos de mujeres en el periodo revolucionario y pos-revolucionario; en particular el libro enfoca los esfuerzos de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto, quienes estaban interesados en promover los derechos de las mujeres. La pregunta sobre qué significó la intervención, desde la política estatal, para el movimiento de las mujeres queda sin contestar. Tampoco queda claro qué importancia tuvo el movimiento feminino organizado en el ajedrez revolucionario. ¿Qué tan importantes fueron las mujeres para la lucha por el poder en los diferentes grupos y los varios caudillos? La relación Estado y mujer, o la mujer como actor político, no está perfilada en este enfoque.

Por otra parte, el libro tiene el mérito de proporcionar información sobre ciertas mujeres olvidadas del periodo revolucionario, tales como Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, Dolores Jiménez Muro, Estela Gutiérrez, la mítica Teresa Urrea, Hermila Galindo y Elvia Carrillo Puerto, todas ellas mujeres a quienes ya es tiempo de rescatar con estudios rigurosos. El libro de Sherlene Soto inicia este rescate. En suma, su obra es un paso inicial, pero en la dirección correcta, en el largo camino de la investigación sobre la historia de la mujer mexicana.

A pesar de la diversidad de sus enfoques, los tres libros comparten una preocupación común: la historia de la mujer en México, tema que, por

fin, empieza a atraer la atención de los investigadores en ambos lados de la frontera.

Carmen Ramos Escandón
OCCIDENTAL COLLEGE

Pablo González Casanova (coord.), *América Latina, hoy*, Siglo XXI Editores/Universidad de las Naciones Unidas, México, 1990.

Cualquiera que se sienta atraído por ese mundo al que alguna vez Martí llamó "Nuestra América" se ha enfrentado al problema de abordarlo sin que en el todo se pierdan las partes o sin que en las partes desaparezca el todo. En el caso del libro que ahora nos ocupa, se optó por ofrecer una imagen global de la región a partir de ciertos ejes temáticos: la economía y la crisis (Pedro Vuskovic), el Estado y la política (Pablo González Casanova), los movimientos sociales y populares (Daniel Camacho), la cultura y el poder (Hugo Zemelman), y las luchas y los conflictos (Eduardo Ruiz Contardo, Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías), dejando el seguimiento individual de los países a una bibliografía complementaria, sobre la que se incluyen útiles pistas al final de cada trabajo. El resultado fue bastante esclarecedor de las líneas generales que hoy en día marcan el desarrollo del área y que sientan las bases de lo que será su futuro inmediato.

El escenario que dibujan los autores nos muestra desde distintos ángulos los problemas recurrentes de nuestra